

La idea de Dios y el Psicoanálisis

Por ENRIQUE GUARNER

LA PALABRA «Dios» se deriva del griego «Zeus» y del latín «deus», aplicándose a los seres más allá de lo humano que ejercen su poder por encima de la naturaleza. La etimología nos revela sus conexiones con todos los idiomas desde el vocablo teutónico «Gott», el cual se transformó en el escandinavo «gud» y finalmente pasó al inglés «God». El «adiós» que decimos al despedirnos de alguien constituye una manera de desear que sigamos la ruta trazada por él.

Los católicos consideran a Dios como el Ser Supremo, único que existe por sí mismo, siendo infinito en sus perfecciones. Su esencia consiste en que todas las cosas proceden de él porque «es la primera causa incausada». Además resulta omnisciente y eterno, sin principio, fin o sucesión. Igualmente está en el cielo, la tierra y en todos los lugares que hay o pueda haber, por lo cual no posee medida alguna. También es todopoderoso al realizar lo que desea con un simple acto voluntario. Por último es bondadoso y misericordioso sin imperfecciones para otorgar el perdón.

La idea monoteísta integrada por un dios principal se conoce desde tiempo inmemorial y los chinos la establecían aunque consideraban al emperador como su representante o pontífice. Los magos de Caldea creían que un ser supremo había creado las estrellas.

Los persas, mayas y aztecas adoraban al Sol y los egipcios veneraban a Kneff. En la Grecia politeísta Zeus era el único capaz de arrojar el rayo para castigar a las deidades menores. Asimismo desde Rómulo hasta la caída del Imperio, Roma reverenció a Jupiter.

No obstante, la idea de todos estos pueblos de presentar a Dios con características humanas de orden material hizo que su fuerza se desvaneciera y terminara por triunfar la posición iniciada por el judío Abraham; quien desistió de hacerlo tangible, convirtiéndolo en un Ser espiritual. En otras palabras, le otorgó principios morales y al vivir en la misma época de hamurabi —autor del primer código legal— le dió una concepción que se relacionaba con la justicia social.

La llegada de Jesucristo como hijo de Dios provocó una división en el antiguo mundo judío. Su muerte voluntaria como víctima de los pecados del mundo, lo convirtió en un mártir salvador de los humanos y su resurrección dio paso a la idea de la inmortalidad del alma.

La decadencia del ambiente político y moral del Imperio Romano dio paso al florecimiento de los cultos orientales entre los que destacaron la devoción a Jesucristo y a la creencia persa de la Mitra. Fue un judío helénico conocido co-

mo San Pablo quien llevó a cabo una nueva unidad religiosa. Este personaje pertenecía a una familia acomodada y era célibe.

Sus enseñanzas dieron énfasis a la muerte en sacrificio de Jesús y condicionó todo un ceremonial para el misticismo religioso. Curiosamente San Pablo no conjugaba con el nacionalismo judío y se identificaba con el poderío. Esta actitud conciliatoria lo llevó a imponer el cristianismo en el célebre Concilio de Nicea verificado en el año 324 y al que asistió el Emperador Constantino. Allí se definió la futura doctrina Católica haciendo a Jesucristo el equivalente de Dios porque el hijo nacido del padre era igual a su propio padre. Por otra parte la madre o sea la Virgen María quedada temporalmente fuera y con ello se imponía el género masculino.

Aspectos Psicológicos

En 1907 Sigmund Freud escribió un trabajo corto al que intituló «Los actos obsesivos y los ritos religiosos», donde señalaba la semejanza que existe entre los actos compulsivos y los rituales de los ceremoniales que verifican los creyentes. Esta similitud se basa en la escrupulosidad con la cual son realizados ante el temor del castigo que la conciencia moral impondría al violarlos u omitirlos. La característica hace una caricatura del proceso místico que se ha vuelto universal.

Los factores que determinan los dos ceremoniales pueden ser: 1) la subsistencia en el ser humano de impulsos prohibidos reprimidos; 2) el sentimiento constante de culpa causada por la tentación continua a la que nos someten nuestros instintos y, 3) la espera angustiada de un desastre o del castigo divino si se que-

branta el ritual.

Para Freud tanto el ceremonial obsesivo como el religioso constituyen actos defensivos y medidas de protección frente a los peligros a los que constantemente nos vemos sometidos.

En 1927 en «El porvenir de una ilusión» el creador del psicoanálisis volvió a ocuparse de Dios y las religiones. Según Freud la civilización se mantiene sobre la base de la compulsión hacia el trabajo renunciando a lo instintivo. Estos son frustrados por las prohibiciones que sometemos contra los deseos incestuosos, el impulso de matar y el canibalismo. Entre determinados intelectuales la ciencia o el arte substituyen a lo reprimido dando paso a satisfacciones parciales. Este proceso se logra encontrando expresión dirigida hacia canales aceptables y creativos. Es así como el impulso sexual puede transmutarse hacia una poesía, o el agresivo realizando una intervención quirúrgica. Sin embargo, esto únicamente puede conseguirse por un número escaso de personas.

De aquí partió la idea de crear un concepto más elevado que pudiera alcanzar a las masas y nacieron las religiones. Ellas servirían para protegernos de dos peligros principales: 1) las amenazas naturales que nos rodean y 2) las injusticias que la sociedad impone.

Por lo tanto, Dios ve la luz desde el momento en el que el ser humano necesita amparo de los demás, porque en el fondo siempre será un niño desvalido que requiere de un padre poderoso que lo salvaguarde. Sin embargo, este como ocurrió en la infancia será un ser temible al que se le deberá obediencia y sometimiento. De aquí que la idea

religiosa represente una debilidad adquirida desde tiempos ancestrales y que no puede ponerse a prueba, lo cual le da un carácter ilusorio que no requiere de evidencia.

A continuación Freud nos asegura que las religiones han prestado un servicio extraordinario para el desarrollo de la civilización, porque ellas han domado los instintos que llevamos dentro. Además han permitido la resignación de las masas y coartando la conducta antisocial. Cuando el hombre impuso el mandamiento de no matar o desear sexualmente a otra mujer que la suya, la existencia se volvió aceptable. Para que lo anterior sucediera se requirió darle a Dios una imagen prohibitiva y superior efectuando un ritual que aplacara las acciones violentas del ser humano convirtiéndolo a la civilización. Freud quien era escéptico en materia religiosa, sostuvo su importancia en un distante futuro la fantasía de un paraíso imaginario y la disminución del sufrimiento que la vida social impone.

Por otra parte Carl Jung, quien era hijo de un pastor protestante y creyente, en «Psicología y religión» publicada en 1938 se preguntaba: ¿Hay un Dios sin la experiencia humana o solamente existe porque lo hemos hecho existir? La respuesta del psicoanalista suizo es que su imperio se encuentra dentro de nosotros representando el poder más grande que incorporamos al vivir y agrega: «Dios es omnipotente debido a que desde el punto de vista psicológico da lugar a las funciones morales y por lo tanto constituye un arquetipo inconsciente». Esta última palabra representa una imagen arcaica colectiva Jung piensa que el hombre trae consigo experiencias psíquicas perennes que resultan vivencias co-



Dí **NO** a la **COCAINA**

Grupo Novedades y el Consejo Nacional de la Publicidad unidos en la campaña contra las drogas

mo: la madre, el padre, el amor, la vida, la muerte y Dios.

Curiosamente este psicoanalista no disocia al Ser Supremo del diablo porque ambos son símbolos de nuestras bondades o maldades de origen abismático que forman parejas de contrarios, los cuales necesitan el uno del otro.

Por último, el existencialista Viktor Frankl en «El Dios inconsciente» de 1949 divide en dos partes las zonas más profundas de la

mente: una instintiva y la otra espiritual. Es a esta última a la que considera trascendental donde se halla Dios. El mismo autor opina que no se trata de una imagen paterna como Freud pensaba, ni tampoco de un arquetipo como señalaba Jung, sino que representa la totalidad de la paternidad al ser la causa suprema primaria. Finaliza afirmando que la relación hijo-padre resulta relativamente reciente si la comparamos